

ANDRÉS BELLO: SUS SILVAS Y EL PROCESO DE FORMACIÓN DEL ESTADO

Gustavo Mejía
Central Connecticut State University

La independencia de los dominios españoles en América no fue el resultado de una revolución social que hiciera tambalear las bases económicas y sociales del orden colonial. Al contrario, el movimiento independentista fue principalmente de carácter político y estuvo dirigido por sectores sociales fortalecidos durante el siglo XVIII gracias a las políticas económicas introducidas por los Borbones, que constituyeron lo que Pierre Vilar llama “la reconstrucción del pacto colonial”(75). Es notorio, sin embargo, que dichos sectores sociales no mantuvieron con el estado borbónico una relación sencilla. Todo lo contrario, pese a ser favorecidos por su política económica, se vieron negativamente afectados por la estrategia política borbónica que exigía un mayor control desde el centro sobre toda la administración colonial que, por lo tanto, entraba a depender de mandatarios de absoluta confianza de la corona, cerrando las puertas del poder político a los naturales, y favoreciendo a funcionarios peninsulares, a quienes se les impuso innumerables limitaciones en sus posibilidades de actuación, tanto política como personal, a fin de evitar cualquier vínculo estable con la sociedad local. En breve, esta estrategia política convertía a los sectores dirigentes criollos en ciudadanos de segunda clase. Es esta contradictoria relación con la España Imperial la que va a marcar el desarrollo ideológico de los sectores dirigentes americanos a lo largo —pero especialmente en la segunda mitad— del siglo XVIII, hasta culminar en la formulación de la vía independentista como única posibilidad de desarrollo de sus propios intereses, tanto económicos como políticos.

La política económica de la monarquía de los Austrias se basaba, como es bien sabido, en el control estricto de la producción, comercialización y distribución de bienes, tanto dentro de las provincias, como fuera de ellas. La Corona Española regulaba con precisión las mercancías cuya producción interesaba desarrollar; establecía las normas, impuestos, y formas legales para la comercialización de dichos productos, y determinaba a cuáles puertos era posible distribuir dicha producción. Los controles se realizaban no solamente mediante el sistema de flotas que se empleaba para el comercio, sino que éste se complementaba con un complejo entramado de impuestos, y con una limitación tan estricta que llegaba a prohibir el comercio con cualquier otro puerto que no fuera Sevilla o, más tarde, Cádiz. Guillermo Céspedes del Castillo señala que la política económica de los últimos Austrias a lo largo del siglo XVII tuvo el efecto de “limitar el comercio exterior de las Indias y reducir el intercolonial,” generando una tendencia por parte de cada uno de los diferentes núcleos económicos coloniales a “aislarse de los demás [...] para hacerse autárquico en la medida de lo posible”, y sugiere que “el posterior fraccionamiento político de las Indias en diversas nacionalidades guarda estrecha relación con dicho fenómeno económico” (Vicens Vives: 558-559). En su *Carta de Jamaica*, Bolívar expresa el sentimiento de que la opresión española había mantenido a los americanos alejados incluso de las actividades comerciales.

Las reformas borbónicas, por el contrario, realizaron una apertura del sistema económico que, aunque limitada, levantó algunas de las restricciones existentes, amplió el número de puertos con los que las colonias podían comerciar e, incluso, permitió un limitado pero activo mercado

intercolonial, creando lo que ha sido descrito como una verdadera unión aduanera cuya existencia trajo notorias ventajas al sistema económico colonial, particularmente en cuanto a la agricultura para la exportación y para el mercado local, así como también, en algunos casos, para la producción artesanal (Bulmer-Thomas, 25). Lo que representó la llegada al trono de la Casa de Borbón al iniciarse el siglo XVIII, tanto para la política como para la economía del Imperio español, lo expresa de manera muy sintética Pierre Vilar, resaltando tres condiciones económicas: “constitución de capitales, acopio de materias, población en aumento” y una política: “reconstrucción del pacto colonial” (75). Según el mismo autor, “las cifras de intercambio aumentan en todos los puertos españoles [...]. En 1778 se generalizó el libre comercio. Cádiz, despojada de ese monopolio, que había heredado de Sevilla, conservó no obstante su prosperidad. Igualmente prosperaba América bajo la intervención de los grandes virreyes” (74).

La experiencia económica dada a dichos sectores de la sociedad colonial por la apertura de mercados, pese a sus limitaciones, fue fundamental. En particular, dicha experiencia no hizo sino confirmar los planteamientos de liberalización promulgados desde Inglaterra por una economía dispuesta a penetrar espacios que le habían estado cerrados por las políticas mercantilistas de España¹. Los beneficios derivados por los mercaderes y productores agrícolas y mineros de la América española tras la tímida apertura económica promovida por los Borbones les permitieron imaginar los inmensos beneficios que se podrían obtener de una entrada en el amplio mercado de bienes y materias primas que la pujante economía inglesa prometía.

Sin embargo, la vía para alcanzar tales sueños pasaba necesariamente por una doble estrategia, aparentemente contradictoria: romper el orden colonial y conservarlo. De una parte, era necesario romper con el orden colonial y establecer nuevas relaciones no solamente con la Madre Patria, sino también con Europa en su conjunto. Este proceso de ruptura, como todos sabemos, se realiza de manera paulatina y gradual a lo largo de varios años a partir de la invasión napoleónica de España y durante la impuesta regencia de José Bonaparte. Este proceso, que está estrechamente relacionado con la experiencia de los representantes coloniales en las Cortes de Cádiz, culmina en la afirmación de la ruptura total y completa no solamente con la España Imperial, sino incluso con el mismo sistema monárquico, y en la adopción general del sistema republicano². Y en lo económico, el proceso alcanza sus fruición —luego del abandono del área comercial española— con la integración dentro de la órbita británica como productor de materias primas, comprador de tecnología, consumidor de mercancías y polo receptor de capitales, pero ahora no únicamente en los sectores productivos, sino principalmente en la distribución y la financiación, como lo sugiere Carmagnani (*passim*).

¹ Para una discusión del mercantilismo y sus consecuencias para las colonias americanas de España, véase Bulmer-Thomas 22-24.

² Para una discusión del proceso que lleva a la formulación de un planteamiento claramente independentista, véase Romero xi-xiv. Sobre el papel de las Cortes de Cádiz en este proceso, véase el mismo autor en la página xxiii.

De otra parte, era necesario conservar el orden colonial, en particular en lo que este implicaba hacia el interior. Es decir que el proceso independentista, tal como los mencionados sectores sociales lo fueron conformando, hacía necesario mantener los privilegios, la economía de latifundio y hacienda, así como también las castas, pilares en los que se basaba la hegemonía “criolla.” El crecimiento económico, tal como se había experimentado a lo largo de la expansión borbónica durante el siglo XVIII, provenía tanto de la expansión de oportunidades para la colocación de productos en el mercado internacional, cuanto del aumento de la tasa de coerción de la mano de obra (Carmagnani *passim*) y por ello era indispensable al proyecto independentista conservar la estructura social desarrollada dentro del paradigma colonial.

Esta estrategia, como es lógico, habría de generar contradicciones importantes, tanto con la Europa contemporánea, cuanto dentro de la sociedad local. Las Cortes de Cádiz, en su intento de conformar un nuevo orden imperial con participación de las colonias, sirvieron al mismo tiempo de freno y de estímulo a la necesidad de ruptura por parte de la sociedad criolla. Dicha experiencia de gobierno, limitada pero sin precedentes en la historia colonial, fue de un valor incalculable para la formación de la ideología independentista que habría de terminar por imponerse.

Por lo que respecta al interior de la sociedad colonial, los planteamientos del Libertador en su *Carta de Jamaica* expresan con entera claridad dichas contradicciones:

[...] mas nosotros, que apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fue, y que por otra parte no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar éstos a los del país y que mantenernos en él contra la invasión de los invasores (62).

Este planteamiento —que en el *Discurso de Angostura* Bolívar expresa con una formulación tal vez más precisa: “nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer contra la oposición de los invasores” (104)—, muestra con claridad meridiana el nivel de *conciencia de sí* que llegó a desarrollar el criollismo americano. Dicha conciencia propia se caracteriza, en primer lugar, por su ruptura con el pasado indígena, mundo al que da prácticamente por desaparecido, en tanto que orden social susceptible de ser restaurado tras la caída del orden colonial impuesto por España. En segundo lugar se constituye en su doble ruptura, de una parte, con “los legítimos propietarios del país”, es decir los indígenas, y de otra con los “usurpadores españoles,” colocándose en un espacio virtual e intermedio, claramente diferenciado de ambos extremos. En tercer lugar se caracteriza por su doble identificación: americana, sobre la base del *ius solis*, que le autoriza a disputar a los naturales sus títulos de posesión; y europea, sobre la base del *ius sanguinis*, que le permite reclamar para sí los mismos derechos que los europeos de Europa, colocándose de manera simultánea en los dos extremos. Finalmente se caracteriza por su decisión de luchar para mantener sus derechos frente a la impugnación que de ellos puedan hacer los naturales, al mismo tiempo que debe luchar contra las pretensiones de España. Lo que queda claro es que frente a Europa, pese a la ruptura, existe una línea de continuidad de sangre y de derechos, mientras que frente a la población indígena, ese punto de contacto no aparece por ningún lado. Una tarea absolutamente imprescindible para el proyecto

independentista es construir dicho contacto con la compleja realidad social americana, representada por los grupos indígenas y por los esclavos africanos y promover la imagen de una sociedad armónica, integradora e incluyente, eso sí, bajo la hegemonía criolla.

Unión y ruptura, continuidad y dislocación, armonía y tensión, así como hegemonía y subordinación, son, pues, las marcas de esa auto-imagen que el intelectual criollo construye como constitutiva de su propia identidad en el curso del proceso de independencia. Todo el pensamiento social de la independencia se debate en torno a estas evidentes contradicciones, y mucha de la acción política y militar de Bolívar, como lo ha demostrado Bosch, se vio marcada por su necesidad de superarlas mediante claros intentos para integrar a otros sectores sociales, en particular a indios y esclavos, en el movimiento emancipador. Y hay que insistir en que dicha integración era necesaria si es que se quería transformar el movimiento de unos sectores particulares de la sociedad, en el movimiento de la sociedad entera, condición que se hacía más necesaria a medida que la guerra progresaba. Es más, dadas las iniciales simpatías de los sectores más populares hacia la causa realista, dicha integración se volvía una tarea urgente. Al hablar sobre los acontecimientos que llevan a la independencia de Venezuela en 1811, Juan Bosch dice que

el pueblo no quería ser gobernado por los que habían tomado el poder debido a que los consideraba, y con razón, sus enemigos. Para la gran masa, el problema no estaba planteado en términos de colonia o independencia, sino en términos de gobierno del rey o gobierno de los *mantuanos*, y la gran masa prefería el gobierno del rey porque la monarquía [...] había probado ser más benévola con ella que los grandes señores criollos (64-65).

Benítez Rojo propone una idea similar cuando dice: “Sólo después de haber liberado a los esclavos y quitado a los indios el yugo de la servidumbre, los criollos pudieron conformar los batallones integracionistas que habrían de obtener la victoria sobre las fuerzas de la metrópoli” (64). En su libro *La ciudad letrada*, Ángel Rama señala cómo el movimiento independentista mostró, entre otras cosas, los límites del poder de los criollos, “pues al desaparecer bajo sus embates la administración española encontró que la mayoría de la población (indios, negros, mestizos, mulatos) estaba en su contra [...], por lo cual debió hacer concesiones sociales tal como se expresaron desde la primera ley sobre libertad de esclavos [...] y las posteriores sobre indios que resultaron catastróficas para ellos” (56). Lo que estaba en juego en este esfuerzo integrador era la habilidad política para asimilar a los intereses particulares criollos los intereses generales de la sociedad por medio de una eficaz y oportuna apropiación de las doctrinas sociales europeas en boga. Y es esa integración lo que hace que, además de ser un proceso continental, el movimiento independentista sea un proceso general de la sociedad, un proceso que involucra la totalidad de la organización social.

La consecuencia de esta situación es que la idea de estado que los sectores criollos desarrollan en el curso del proceso independentista se basa en la hegemonía de un sector de la sociedad (el suyo propio), consciente de las necesidades del todo, y que gobierna de común acuerdo con los sectores subalternos, que ceden su independencia política a favor de una benigna administración estatal. La visión de la sociedad que predomina dentro de la causa de la independencia es la de una sociedad en la que las grandes masas no están preparadas para ejercer sus derechos, mientras que una elite culta y desinteresada se esfuerza por crear un

ambiente de armonía social y política, sólo perturbado por los intereses de algunos individuos. Así lo expresa Bolívar: “Las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de las diferencias de castas: ellas han nacido de la divergencia de las opiniones políticas y de la ambición particular de algunos hombres” (78). Pero si bien en algunos casos, el pensamiento del Libertador sobre el tema social lo lleva, con un notable realismo político, a hacer ciertas concesiones a los grupos dominados, particularmente a los esclavos negros —talvez, como lo sugiere Bosch, por temor a la repetición de la experiencia de Haití—, con igual frecuencia encontramos en él una línea de idealización de la realidad social que se expresa en términos tales como los siguientes:

Me es permitido colegir que [...] no es probable que las facciones de razas diversas lleguen a constituirse de tal modo que una de ellas logre anonadar a las otras. [...] Estamos autorizados, pues, a creer que todos los hijos de la América española, de cualquier color o condición que sean, se profesan un afecto fraternal recíproco, que ninguna maquinación es capaz de alterar (76-78).³

Convertir en imágenes esta visión idealizada de un cuerpo social armónico será la primera tarea de la cultura de la independencia. La segunda será imaginar las condiciones por las cuales esa sociedad es, no sólo posible, sino superior al mundo europeo en decadencia.

El papel de la cultura

Consolidada la independencia hacia 1824, las clases dirigentes latinoamericanas encontraron que tenían frente a ellas una tarea ardua y apremiante. En el proceso de la emancipación habían adquirido, tal vez, más de lo que fueran sus aspiraciones iniciales: habían conseguido una ruptura política total con respecto a España y habían demostrado al mundo su capacidad para hacerla valer, inclusive por medios militares. Pero, paradójicamente, habían conseguido menos de lo que creían: su recién conquistada autonomía carecía de cuerpo, era abstracta, puesto que el ganar la independencia no implicaba el que automáticamente se constituyera un estado independiente en el cual hacerla encarnar. Mucho menos significaba que se hubiera formado ese organismo social necesariamente armónico, sobre el que pudiera construirse la sociedad imaginada.

La labor eminentemente política de construir el estado pasó a ser la primera prioridad de las antiguas colonias españolas. Esto implicaba, además de las obvias tareas de formación de un aparato estatal en funcionamiento, determinar si los nacientes países podían conservar esa unidad genérica que hasta entonces habían tenido y gobernarse según las grandes divisiones administrativas que había establecido España. Es decir, era necesario determinar si la geografía colonial era compatible con la política republicana. Había que definir hasta qué punto

³ Este mismo tema es tratado en detalle y en términos más políticos por Bolívar en el *Discurso de Angostura*: “Si el principio de igualdad política es generalmente reconocido, no lo es menos el de la desigualdad física y moral [...] Las leyes corrigen esta diferencia porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social” (111). En el mismo documento, el Libertador propone la creación de un legislativo bicameral, con una cámara alta hereditaria, compuesta por miembros especialmente educados para el ejercicio del gobierno. Excelente manera para garantizar la hegemonía criolla, por supuesto (114 ss).

el proceso de independencia podía culminar como una simple reforma de carácter político y hasta qué punto era indispensable realizar concesiones para una convivencia social armónica. Finalmente, había que construir la forma de la inserción americana en el sistema productivo global dentro de la órbita de la Gran Bretaña.

Así pues, el empeño que dirige toda la actividad del momento se inscribe en la necesidad de buscar una definición de las antiguas colonias como nuevos estados independientes. No hay un solo aspecto de la actividad social, en aquella época, que no participe de este esfuerzo. La literatura no es una excepción. Al contrario, nuestra literatura neoclásica⁴ se inserta y participa activamente en el proyecto de esa clase dominante de dar una definición de su recientemente adquirido trofeo. Como bien lo señala Rama, la obligada tarea de los intelectuales fue “desentrañar la especificidad de sus patrias libres,” lo que no debe sorprender, puesto que

Tal posición no puede considerarse exclusiva de esta región cultural del mundo (la que habrá de denominarse posteriormente América Latina) pues ya se la había observado en las letras norteamericanas a partir de 1776 [...] Las mismas preocupaciones volvieron a aparecer en los países africanos surgidos de la descolonización posterior a la II Guerra Mundial. Se trata, por lo tanto, del problema fundamental de la literatura a partir de la constitución de nuevos países, por lo cual puede reconocerse que, en esas condiciones operativas, la literatura se formula inicialmente como una parte, pequeña aunque distinguida, de la construcción de la nacionalidad (*Autonomía...* 66-67).

En efecto, una vez finalizadas las guerras de la independencia, era inevitable que las urgencias sociales dejaran su marca en la esfera cultural, particularmente dentro de una sociedad en la cual los líderes políticos provenían de los limitados sectores con acceso a la educación y a la cultura hegemónica. El intelectual de la independencia, no hay que olvidarlo, es al mismo tiempo científico, filósofo, ideólogo, estratega, estadista y literato, tal como ha dejado constancia el ejemplo de hombres como Miranda, Bolívar, Caldas, Mutis o, de particular interés en este caso, el propio Bello, por nombrar sólo a algunos. La esfera de la cultura, entendida en un sentido amplio, no podía por tanto dejar de contribuir a este proceso social, y desde luego, la literatura contribuye efectivamente a conformar el imaginario que habría de permitir la visualización del ideal independentista de una sociedad armónica, lo que, como hemos visto, obligaba a superar las contradicciones sociales intuidas por Bolívar.

De otra parte, la otra gran contradicción que debía intentar superar el discurso literario de la independencia era la necesidad de que América, en razón de su rompimiento con España, se sentía obligada a diferenciarse de la Europa, al mismo tiempo que, en razón de su nueva

⁴ Según Anderson Imbert, “el Neoclasicismo fue la cara literaria de la Ilustración” (I 183), y por su parte, Raimundo Lazo afirma que “lo que suele denominarse Neoclasicismo tiene ya en Hispanoamérica peculiaridades importantes: las de ser producto, en gran parte, de una contradicción histórica muy destacable entre lo que se predicaba como buena doctrina estética y lo que la vida impulsaba a hacer en todas partes. Se establecía como ponderado *desideratum* la creación de una literatura dominada por el razonamiento, por las normas derivadas de la imitación de los antiguos modelos grecolatinos y renacentistas, y eso ocurría precisamente cuando la historia de las colonias llegaba a un momento de honda crisis en que todo conducía a la inconformidad y a las violentas e inevitables irregularidades de la apasionada protesta revolucionaria” (II 12-13).

atadura a la economía de Inglaterra, debía, paradójicamente, reinsertarse en ella. Quizás habría que decir que una simple inserción no era suficiente: América debía demostrar que era el porta-relevo de una cultura que en su continente originario afrontaba un proceso de decadencia en la medida en que sus ideales y sus valores fundacionales se veían carcomidos en la práctica social, mientras que en el continente americano esos mismos ideales vivían un renacimiento que hacía de las nuevas naciones la más auténtica y vigente manifestación de esa cultura. Tal es la visión de decadencia y corrupción de Europa que enfáticamente expresa Andrés Bello al comienzo de la *Alocución a la poesía*:

¿Qué a ti, silvestre ninfa, con las pompas
de dorados alcázares reales?
¿A tributar también irás en ellos,
en medio de la turba cortesana,
el torpe incienso de servil lisonja?
No tal te vieron tus más bellos días,
cuando en la infancia de la gente humana,
maestra de los pueblos y los reyes,
cantaste al mundo las primeras leyes.
No te detenga, oh diosa,

esta región de luz y de miseria,
en donde tu ambiciosa
rival, Filosofía,
Que la virtud a cálculo somete,
de los mortales te ha usurpado el culto;
[...]
donde la libertad vano delirio,
fe la servilidad, grandeza el fasto,
la corrupción cultura se apellida (vv. 24-44).

Para intentar resolver dichas contradicciones, el neoclasicismo echa mano de tres temas fundamentales: la imagen de la naturaleza americana; la visión y el juicio sobre el pasado y, en tercer lugar, el entronque con la Roma clásica.

La naturaleza. La naturaleza ofrece al ojo neoclásico el primero y más obvio de los elementos de identificación nacional. El conquistador español, desde los primeros momentos de su llegada a América, ya había visto en las características naturales del desorbitado mundo americano un privilegiado elemento de contraste con el Viejo Continente. Los cronistas de Indias se detienen, con la pasión propia de quien descubre un horizonte, para recrear, con toda minucia, aquellos árboles gigantes, aquellos curiosos animales que comen viento o que lloran como mujeres hermosas en las aguas de sus ríos y que ellos juraban haber visto con sus propios ojos. Pero el cronista siempre mira esta naturaleza —en la que incluye tanto al ser humano como su cultura— desde la atalaya de la civilización europea, desde la árida geografía de la meseta castellana, desde las novelas de caballería. Por ello, para el cronista de Indias la ebullición vital de nuestras selvas tropicales, las alturas eternamente congeladas de los Andes, los humeantes volcanes centroamericanos, en fin, la naturaleza palpitante del Nuevo Mundo será, en todo caso, lo exótico, lo que rompe con la normalidad —con su precaria normalidad peninsular.

Después de trescientos años de colonia y domesticación de dicha naturaleza, para los Padres de la Patria, en cambio, esa visión se había ya convertido en lo habitual y la naturaleza americana era ya su naturaleza imprescindible. Las inmensas llanuras y pampas se habían convertido en su horizonte habitual. La fauna y la flora habían llegado a ser el dominio de su curiosidad científica; la variedad inmensa de productos minerales y vegetales era la fuente de su riqueza y su poder. El ojo neoclásico, por tanto, no podía mirar a la naturaleza sin ese orgullo propio de quien se identifica con las cosas que le pertenecen. Pero el discurso

neoclásico da un paso más y proyecta los atributos imaginados para las nuevas sociedades que emergen con la independencia sobre las características de esa naturaleza. Y así, la naturaleza agreste se identifica, para el neoclásico, con el espíritu libertario de América, como en este texto:

pues como aquel samán que siglos cuenta,
de las vecinas gentes venerado,
que vio en torno a su basa corpulenta
el bosque muchas veces renovado,
y vasto espacio cubre con la hojosa
copa, de mil inviernos victoriosa;
así tu gloria al cielo se sublima,
Libertador del pueblo colombiano;
digna de que la lleven dulce rima
y culta historia al tiempo más lejano (v. 825-834),

donde Bello, mediante un prolongado símil, al final de la *Alocución a la Poesía* convierte el samán en una imagen de la gloria del Libertador Bolívar. Como lo afirma Ojeda, “héroe y patria, héroe y naturaleza, eran indisociables, y no se podía cantar la una sin el otro” (168).

Pero más allá de esta identificación, la naturaleza en el discurso neoclásico no es solamente un objeto de estudio o de admiración o de contemplación estética y ni siquiera es únicamente un emblema de la identidad americana. La naturaleza del Nuevo Mundo es mucho más: es un proyecto nacional⁵. En efecto, si algún futuro desarrollo económico es viable a las nuevas naciones, los intelectuales neoclásicos comprenden que tal futuro tendrá que descansar sobre esa vegetación que, por sí sola y casi sin esfuerzo humano, produce los alimentos y las materias primas que Europa necesita. La idea de que la naturaleza americana produce casi sin esfuerzo aparece expresada por Bello en su oda a *La agricultura en la zona tórrida* al alabar al banano que

no ya de humanas artes obligado
el premio rinde opimo;
no es a la podadera, no al arado
deudor de su racimo;
escasa industria bástale, cual puede
hurtar a sus fatigas mano esclava (vv. 56-61),

y se corresponde claramente con la idea del puesto que las nuevas sociedades podían adquirir para sí dentro del concierto económico mundial bajo la dirección de Inglaterra como productores de materias primas. En palabras de Camilo Torres:

Pero no son las riquezas precarias de los metales las que hacen estimables las Américas y las que las constituyen en un grado eminente sobre toda la Europa. Su suelo fecundo en producciones naturales que no podrá agotar la extracción, y que aumentará sucesivamente a proporción de los brazos que lo cultiven; su templado y

⁵ Aunque es cierto, como señala Gerald Martin, que los latinoamericanos “were searching not for reality but for emblematic images” (no buscaban la realidad, sino imágenes emblemáticas) (Bethell 8), también es cierto, de acuerdo con Juan Carlos Ghiano, que “para Bello la agricultura era una de las formas fundamentales de la educación” (31 nota), y por lo tanto, se relaciona con una concepción ética.

variado clima, donde la naturaleza ha querido domiciliar cuantos bienes repartió, tal vez con escasa mano en los demás: he aquí ventajas indisputables que constituirán a la América en el granero, el reservatorio y el verdadero patrimonio de la Europa entera (31).

Esta es la razón por la cual el intelectual neoclásico no podía pensar en nuestro continente sin imaginar una arcadia pastoril, unos pueblos campesinos, una nación de agricultores. La naturaleza, cerril y pródiga, al tiempo que era el más obvio carácter distintivo americano, proporcionaba también el más eficaz medio de inserción en la economía internacional, asumiendo y superando aquella contradicción de la que hemos venido hablando entre ruptura con Europa y reinserción en el concierto de las naciones.

El pasado. El segundo tema de que echa mano la literatura neoclásica es su visión y juicio sobre el pasado. Los Padres de la Patria no ven una línea continua en el tiempo, sino que encuentran dos momentos nítidamente diferentes. En primer lugar, el pasado cercano, que incluye, vagamente, los últimos años de la colonia y que concluye en las guerras de independencia. Contra el pasado colonial descargan sus iras y no encuentran en él valores positivos. A sus ojos, la colonia es la Edad de las Tinieblas americana, y lo único que pueden resaltar de ella es la violencia, la opresión, el oscurantismo impuesto por una España en decadencia a sus súbditos de allende el mar: “La muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra” (Bolívar 56-57). Por ello el pasado colonial inmediato se convierte en el discurso neoclásico en lo que se quiere negar —o mejor: es lo que ya se había negado: aquello que los hechos borraban o estaban dispuestos a borrar con la sangre americana:

Hasta aquí hemos tolerado una especie de destierro en el seno mismo de nuestra patria; hemos visto con indiferencia por más de tres siglos inmolada nuestra primitiva libertad al despotismo y tiranía de un usurpador injusto, que degradándonos de la especie humana nos ha reputado por salvajes y mirado como a esclavos: hemos guardado un silencio bastante análogo a la estupidez que se nos atribuye por el inculto español, sufriendo con tranquilidad que el mérito de los americanos haya sido siempre un presagio cierto de su humillación y ruina. Ya es tiempo, pues, de sacudir yugo tan funesto a nuestra felicidad, como favorable al orgullo nacional del español; ya es tiempo de organizar un nuevo sistema de gobierno fundado en los intereses de nuestra patria, altamente deprimida por la bastarda política de Madrid (Proclama... 72).

Y por eso mismo el reverso de la imagen de ese pasado es la visión de un presente victorioso, plasmado en el canto al héroe triunfal, en el himno a la batalla definidora de destinos, en la oda a la independencia americana. En este sentido, el pasado inmediato conduce de una forma lógica al presente y el hombre americano se levanta para ponerse a la altura de las circunstancias históricas en las que se inscribe su actuación.

Pero en segundo lugar, hay un pasado remoto con el cual, en una especie de sobresalto del tiempo, se enlaza de manera directa el actual presente heroico. Ese pasado remoto es el momento de la llegada de los españoles; es la época en que el indio defiende su territorio, su integridad y su cultura frente al invasor español. Como el presente, ese otro pasado es el momento de las acciones de fondo y de los grandes hombres que se alzan, al lado de su

pueblo, por encima de las circunstancias nefastas de la guerra. Las nobles figuras hieráticas de Caupolicanes, Cuautémocs, Atahualpas, regresan de sus tumbas y recorren, hombro a hombro con Bolívars y San Martines, los campos de batalla. Pero esta vez el indio no pelea: ahora se limita a agradecer al criollo la venganza que otorga a su raza abatida, a la que pone bajo la protección del criollo:

Tú la salud y honor de nuestro pueblo
serás viviendo, y Ángel poderoso
que lo proteja, cuando
tarde al empíreo el vuelo arrebatases
y entre los claros Incas
a la diestra de Manco te sentares,

dice Huayna-Cápac a Bolívar en el poema de Olmedo (vv. 738-743), con una imagen en la cual es imposible no ver la “cristificación” inversa de la figura de Bolívar.

Nótese, sin embargo, cómo al buscar una línea de continuidad por encima de la ruptura con el pasado inmediato, ocurre otra síntesis notable: al unir el héroe criollo con el antepasado indígena, se resuelve también la contradicción entre las razas, pues si bien indios y blancos siguen siendo distintos, sus intereses, sus luchas, sus destinos se convierten, por obra del discurso neoclásico, en un solo destino, en el mismo destino inseparable:

Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza
la nueva edad al Inca prometida
de libertad, de paz y de grandeza.
Rompiste la cadena aborrecida,
la rebelde cerviz hispana hollaste,
grande gloria alcanzaste;

pero mayor te espera, si a mi Pueblo,
así cual a la guerra lo conformas
y a conquistar su libertad le empeñas,
la rara y ardua ciencia
de merecer la paz y vivir libre
con voz y ejemplo y con poder le enseñas.
(vv 629-640)

Roma. Y habiendo examinado la manera como el neoclasicismo maneja el tema de la naturaleza, por una parte, y la doble imagen del pasado, es oportuno reiterar que la literatura neoclásica se inserta en ese proceso general de la sociedad para encontrar las formas y las imágenes que le permitan fundamentar su nueva identidad como sociedad libre. Sin embargo, en un mundo cuyo centro ha estado por siglos en Europa, quien aspira a encontrar una identidad digna de respeto, no tiene más remedio que encontrarla en el seno de la cultura europea. Cuando a la Europa del siglo XIX se la mira, no desde sus propias coordenadas, sino desde la fortaleza de una cultura que nace: lo que se ve, entonces, no es un río sino un arroyuelo seco, una vegetación que apenas es jardín domesticado y una cultura que se debate entre la hipocresía y la decadencia. Pero al contrario, cuando América se mira a sí misma, aparece el hombre americano, capaz de grandes gestos e impulsado tan solo por los grandes ideales de libertad y solidaridad. El hombre americano, capaz de heredar, directamente y sin intermediarios, la grandeza del pasado clásico romano. En efecto, la literatura neoclásica se pinta a sí misma y a la sociedad que ella propone como la directa heredera de las virtudes que engrandecieron la cuna de nuestra civilización. La educación colonial, fundamentada en el estudio tanto del latín y el griego, como de autores tales como Virgilio, Ovidio, Horacio, Píndaro, se ve reforzada por el estudio de clásicos modernos españoles, en particular Garcilazo. El escritor neoclásico, como señala Ojeda, encuentra el elemento revolucionario en el contenido de su literatura, mas en la forma se atiene a cánones clásicos (167). Lo que no se suele señalar con frecuencia con la claridad y el énfasis necesarios, es que esta fidelidad a las normas clásicas heredadas de la cuna de la civilización es consustancial al proyecto literario del neoclasicismo, ya que en el centro mismo de la imaginaria que construye está la idea de la América independiente como la re-encarnación de Roma.

Y con ello aparece la clave de todo el período: el anhelo neoclásico de apropiarse de los valores eternos de la Roma clásica le permite en un mismo movimiento rechazar la degeneración europea contemporánea y ponerse, por encima de esa decadencia, en el lugar que nuestros ingenuos próceres creían haber conquistado para sí: el de vanguardia legítima de unos valores acunados por la humanidad en su infancia. Y no hay que sorprenderse si los valores que el neoclásico valora en la Roma antigua son los propios de una sociedad rural y agrícola, en oposición a los valores urbanos, cortesanos y decadentes que causaron la caída del Imperio.

Por ello el neoclasicismo americano, al buscar un entronque directo en la cuna misma de la civilización, expresa muy justamente el hábito de aquellos hijos de Españoles que, protegidos por la política liberal de los Borbones, fueron dejando crecer sus alas hasta tener la fuerza suficiente para alzarse, en nombre de los intereses de la comunidad americana entera, a

defender sus propios intereses en esa gesta sangrienta que fue la Independencia americana y en el inicio de un proceso de formación nacional que todavía no termina.

Las silvas de Bello

Los planteamientos generales esbozados arriba se aplican a la obra de Bello y nos permiten comprender el papel que ella juega en la formación de las nuevas sociedades imaginadas en la América de la independencia, en particular la forma como esas obras se enmarcan dentro de un esfuerzo colectivo por definir y fundar los nuevos estados independientes. Es necesario advertir, sin embargo, que la obra poética de Bello es compleja y variada y que a lo largo de su vida la poética del escritor sufrió cambios importantes, algunos de los cuales lo alejaron de ideas estéticas que había apoyado durante la época de las luchas por la independencia. Por lo tanto, conviene aclarar que el análisis que ofrecemos a continuación se limita a las obras de ese período, y primariamente a sus silvas. Aunque no se trata en este trabajo de discutir la filiación definitiva de Bello en el neoclasicismo o en el romanticismo, se hace necesario afirmar que cualquier definición de este punto debe hacerse desde el examen de las características de ambos movimientos y de la obra poética en cuestión en tanto que totalidades. No es posible determinar si un escritor pertenece a una u otra corriente tomando como punto de referencia una o dos características aisladas de su obra para compararlas con otras tantas características aisladas de los movimientos literarios en cuestión. Esos intentos nos llevan a encontrar, por ejemplo, elementos románticos en Homero, características clásicas en Neruda, y en lugar de contribuir a aclarar los problemas históricos, sólo se consigue exacerbarlos. Lo que es más fructífero es la visión de la obra del autor en un proceso de cambio y desarrollo progresivo y acumulativo que culmina en una ruptura con las premisas estéticas de un determinado movimiento o corriente literaria para funcionar más cómodamente dentro de los parámetros de un nuevo movimiento o corriente.

La agricultura de la zona tórrida. Es interesante observar que aunque la zona tórrida no es una región exclusivamente de América, en este poema la expresión “zona tórrida” está usada como metonimia, cuyo referente es el continente americano, pese, por lo demás, a que no todo éste se encuentra en la zona tropical. El título de la silva, pues, encierra un complejo proceso figurativo, en el cual el todo (la zona tórrida) se toma por la parte (la zona tórrida americana) al tiempo que la parte (la zona tórrida americana) se toma por el todo (el continente americano). El texto del poema de Bello empieza —de manera en absoluto casual— con una imagen cósmica, cuyo propósito es colocar a la América en el centro, no ya sólo del planeta, sino también en el centro del universo. Desde el primer momento, pues, el poema quiere hacernos ver una América imaginada en un papel central:

¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes! (vv. 1-5)

El cósmico acto de amor aquí descrito, origen de cuanto ser animado existe sobre la tierra, pone a la zona tórrida en una situación de dominio sobre el astro, el cual aparece sometido a

seguir el curso que ella le marca, y la imagen nos sugiere dos comentarios. En primer lugar, que este tipo de comienzo mediante una imagen cósmica no es privativo de Bello. Véase, por ejemplo, el poema de Olmedo *La victoria de Junín*, que comienza con la siguiente imagen cósmica:

El trueno horrendo que en fragor revienta
y sordo retumbando se dilata
por la inflamada esfera,
al Dios anuncia que en el cielo impera. (vv. 1-4)

Olmedo desarrolla esta imagen en los versos siguiente con una comparación entre las pirámides construidas por el hombre —sujetas al ludibrio del tiempo— y las “pirámides” permanentes de las montañas andinas:

Los Andes, las enormes, estupendas,
moles sentadas sobre bases de oro,
la tierra con su peso equilibrando,
jamás se moverán. Ellos, burlando
de ajena envidia y del protervo tiempo
la furia y el poder, serán eternos
de libertad y de victoria heraldos (vv. 31-37)

donde “los Andes” —usado también como metonimia con el continente americano por referente— aparece como el fiel de la balanza cósmica, asegurando el equilibrio de las masas planetarias, y convertido en el emblema de la libertad y la victoria, marca de fábrica de las nuevas naciones.

El segundo comentario que esta imagen sugiere es que, desde el comienzo del poema, Bello utiliza el Sol como uno de los signos constitutivos de la imaginería de los nuevos países. Sabido es que el Sol era un elemento central en la cosmovisión de muchas culturas autóctonas de América, además de ser particularmente importante para las civilizaciones azteca e inca. Debemos recordar que en *La Alocución a la poesía*, se presenta una imagen semejante en los vv. 189-206, donde Bello imagina que algún día vendrá un poeta que cante la naturaleza americana y su riqueza productiva —como lo hará el mismo Bello en *La agricultura de la zona tórrida*— y ofrece una lista de los productos típicos del trópico (caña, cochinilla, algodón, piña, palma, zapotillo, aguacate, añil, banano, café, y cacao). En ese pasaje de *La alocución*, llama a la zona tórrida, “la zona / de Febo amada” (vv. 193-194), formulación conceptualmente no muy lejana a “el sol enamorado”, pero a la vez muy distante en su contenido cultural y simbólico, por cuanto Sol y Febo conectan con dos mundos simbólicos totalmente diferentes, el uno precolombino y el otro romano, pero sin embargo, esenciales ambos al discurso neoclásico.

Véase cómo, por ejemplo, en el poema de José Joaquín Olmedo sobre Bolívar, la imaginería basada en esta connotación americana del Sol es extensa y central, y se relaciona a todo lo largo del texto con la figura de Huayna-Cápac y su mundo. En el verso 376, el Inca se dirige a los ejércitos criollos que acaban de vencer en Junín llamándolos “generación del sol afortunada,” otorgándoles el mismo origen divino que a su pueblo. En los versos 403 y 404, el Inca se refiere al Perú como el “suelo, que ama sobre todos / el Sol mi padre,” identificando el Perú de la independencia con el Perú de los Incas. En los versos 690 a 694 Olmedo se refiere

a las riquezas minerales ocultas en el seno de los Andes y protegidas por el dios Sol. En los versos 759 a 764 se presenta el coro de vestales que, una vez terminado el discurso de Huayna-Cápac, hará las alabanzas del Sol. Ellas entonan un canto que ocupa los versos 765 a 874, del que citaremos algunas líneas particularmente interesantes para comprender la utilización del Sol al comienzo de *La agricultura en la zona tórrida*:

¡Oh Padre! ¡oh claro Sol! no desampares
este suelo jamás, ni estos altares.

Fecunda, ¡oh Sol! tu tierra,
y los males repara de la guerra.

Tu vivífico ardor todos los seres
Anima y reproduce; por ti viven
y acción, salud, placer, beldad reciben.
(vv. 786-790)

Da a nuestros campos frutos abundosos,
aunque niegues el brillo a los metales
(vv . 800-803)

Nótese que tanto Olmedo como Bello utilizan en estas imágenes las mismas ideas de fecundidad, productividad y protección por parte del Sol que se corresponden, a todas luces, con ideas fundamentales en la cosmovisión precolombina.

Después de la imagen cósmica introductoria que hemos comentado, *La agricultura en la zona tórrida* pasa a hacer un inventario de los productos agrícolas que América está en capacidad de exportar. Esta lista es el primero de varios catálogos que el poema compone y que podríamos llamar el catálogo de exportaciones. En los versos 6 a 63, la lista incluye: trigo, uvas, frutales, ganado, caña, cacao, cochinilla, añil, palma, piña, yuca, patatas, algodón, pasifloras, maíz y banano. Sin embargo, es interesante notar que este es el único fragmento en que se cantan los cultivos americanos, pese a que es un poema sobre la agricultura. Lo que esto sugiere es que la agricultura a la que hace alusión el título del poema se refiere más a un modo de vida, a una ética, que a unas técnicas de cultivo. Por ello, el poema a continuación se centra precisamente sobre los aspectos éticos que diferencian la vida urbana y la rural.

En efecto, Bello expresa en los versos 64-201 —la segunda parte temática del poema— su visión de la sociedad imaginada. Es en esta parte del poema donde Bello nos presenta la agricultura como una forma de vida, y como un proyecto ético sobre el que se deben construir las nuevas naciones americanas. El texto, como veremos a continuación, contiene una importante crítica a los latifundistas que abandonan el campo y una invitación a que, dentro del nuevo proyecto de construcción de la nacionalidad americana, vuelvan a ocuparse de su tierra, puesto que es en el campo donde radican los grandes valores de la nueva sociedad. Esta exposición la hace Bello mediante un prolongado contraste entre la ciudad y el campo, donde los defectos urbanos se ven contrarrestados, en el campo, por su correspondiente virtud. La ciudad aparece como el centro de la corrupción, la falsedad y el engaño, en tanto que el campo será presentado como el asiento de los verdaderos valores sobre los que se debe sentar la nueva sociedad y que son, propiamente, los mismos valores que hicieron grande a Roma.

El fragmento comienza con un extraño lamento: si bien el suelo americano es pródigo y fecundo, el hombre americano es indolente. Este lamento lo conduce a una diatriba contra los propietarios de la tierra que la abandonan en manos mercenarias para irse a vivir a la ciudad, atraídos por “el mentido brillo, / el ocio pestilente ciudadano” (vv. 73-74). Algunas de las

características de la vida urbana que Bello resalta son las siguientes: en la ciudad la ambición exacerba las desavenencias civiles (vv. 83-84), la desidia anula el patriotismo (v. 85), el lujo atosiga las costumbres (v. 86). En cuanto a los efectos de la ciudad sobre la juventud, esto es lo que Bello tiene que decir: en la ciudad “No [...] / se endurece el mancebo en la fatiga” (vv. 89-90), la belleza, que se vende al mejor postor, perjudica la salud de los jóvenes, y hace que ellos se dediquen a “ilícitos amores” (vv. 91-96), a “la mesa infame de ruinoso juego” (v. 98) y, en fin, hace que la juventud crezca en un ambiente que les enseña “la disipación y el galanteo” (vv. 99-105). Este segundo catálogo —no ya de productos exportables, sino de vicios ciudadanos— culmina en una serie de preguntas retóricas. El poeta quiere saber si es en este ambiente donde se van a formar los dirigentes que en todos los órdenes de la actividad pública necesita la patria. La respuesta a todas ellas es clara, porque nos apunta a un modelo histórico:

No así trató la triunfadora Roma
 las artes de la paz y de la guerra;
 antes fió las riendas del estado
 a la mano robusta
 que tostó el sol y encalleció el arado (vv. 125-129).

La diatriba contra la vida ciudadana con que se inicia el poema concluye, pues, de manera natural en la afirmación del ejemplo de Roma, pero, como hemos dicho antes, de la Roma campesina. Por ello, el poema continúa, con una incitación a los propietarios ausentistas de la tierra a que regresen a ella (“el campo es vuestra herencia, en él gozaos” (v. 148)), porque la ciudad está bien, tal vez, para otras profesiones y actividades que se nutren de las plagas urbanas, tales como artesanos, mercaderes o funcionarios, pero ciertamente no para quienes de alguna manera se encuentran en contacto con la tierra y practican la agricultura.

El siguiente fragmento comienza con el tercer catálogo del poema, el catálogo de las virtudes del campo, entre las cuales Bello enumera las siguientes: la libertad, la virtud, los verdaderos placeres sencillos y honestos, la paz, “el contento, el trabajo, el aire puro” (v. 169), los “fáciles manjares” ajenos a la gula (v. 170-171), el amor verdadero (vv. 180-201). A la deshonestidad y el libertinaje de la ciudad, Bello opone la vida recatada y la honradez arquetípica del campesino como virtudes necesarias para la cimentación del entramado social y, en particular, para quienes quieren convertirse en los verdaderos líderes que lleven las nuevas naciones americanas al lugar que las circunstancias históricas les prometen.

Por ello, en la tercera parte temática del poema (vv. 202-268), el poema se continúa con un nuevo catálogo, el de los deberes que esperan a la juventud en el campo. El primero de ellos es poner fin a las guerras, donde evidentemente, Bello no se refiere únicamente a las guerras de independencia, sino —y, tal vez, principalmente— a las guerras civiles que comienzan a plagar y empantanar la actividad constructora del estado. Es precisamente la práctica de la agricultura la que acercará al hombre americano a la satisfacción de tal objetivo. Y en este punto el poeta presenta su visión del futuro (no propiamente “verde”): ejércitos de cultivadores pacíficos, armado de hachas tumbando bosques para convertirlos en tierras laborables, disputándolas a los animales que en ellos habitan. Hay que decir que es



justamente esta visión de futuro la que honran, unos años más tarde, los fundadores de la ciudad de Armenia cuando convierten el tronco cortado de un árbol con un hacha clavada encima en el escudo de su ciudad, como se puede ver en esta imagen⁶.

La parte final del poema, vv. 269-373, presenta las invocaciones retóricas que el género exige. En primer lugar, vv. 269-350, Bello invoca a Dios para pedirle protección para las nuevas naciones. El primer deseo expresado por Bello es que el futuro risueño al que tiene derecho a esperar el hombre americano no se vea defraudado. Este deseo, de acuerdo con el tema agrícola del poema, se expresa mediante metonimias encadenadas con temas relacionados con la agricultura:

intempestiva lluvia no maltrate
el delicado embrión; el diente impío
de insecto roedor no lo devore;
sañudo vendaval no lo arrebate,
ni agote al árbol el materno jugo
la calurosa sed de largo estío (vv. 283-288)

Bello expresa a continuación los otros valores importantes para la construcción de las nuevas naciones: la conservación de la libertad recientemente adquirida en venganza de Atahualpa y Motezuma; el final de la guerra y el comienzo de la paz que permita retomar las artes y oficios productivos en los que se debe basar el progreso de la sociedad.

En la segunda invocación (vv. 351-373), Bello se dirige a las nuevas naciones para retomar el tema central:

honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza (vv. 354-355),

garantía de que en ellas medren la libertad, la paz, la ley y la prosperidad.

La Allocución a la poesía. El texto aclaratorio con que fue publicado este poema dice: “en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos que más se han distinguido en las guerras de la independencia.” Pero en realidad, el poema, dentro de la tradición virgiliana, reúne dos núcleos temáticos diferentes, el de la naturaleza y la belleza del campo y la loa de la vida rural, de una parte, y de otra parte, la leyenda nacional o historia de las grandes acciones militares.

El poema se inicia con una invocación e incitación a la poesía a abandonar Europa para radicarse en el continente americano (vv. 1-61). En esta invocación el poeta presenta su visión de la Europa contemporánea, en contraste con la de América. Pero además, presenta su visión de la poesía misma, a la que contrapone con la filosofía, rival a la que califica de “ambiciosa” (v. 35). El poema recuerda a la invocada poesía su origen humilde y rural y su inicial vinculación con la ley, base de la civilización y de la convivencia civil, lo que es uno de los idearios de la

⁶ La foto proviene del archivo electrónico histórico de la ciudad de Armenia.
http://www.armeniacolombia.com/archivo_historico_fotos/pages/hacha_fundadores_47.htm . 12 de enero de 2003.

independencia. El fragmento, en efecto, se construye sobre la base de una serie de oposiciones, algunas de ellas explícitas, otras implícitas: por ejemplo, la “cultura Europa,” del verso 7, se contrapone a la “nativa rustiquez” (v.8) que es característica de la poesía, en tanto que la descripción del “mundo de Colón,” reino de lo natural, que ocupa los versos 11-23, se contrapone a la descripción de la Europa urbana y decadente que cubre los versos 24-61. El fragmento, en su conjunto, es una alabanza de la naturaleza americana, y una crítica de la civilización europea, que ha caído en una evidente decadencia por haber olvidado los verdaderos valores en que ella se sustenta y haberse dejado dominar por la ambición, la falsedad, el cálculo, la corrupción. América es, por tanto, el sitio donde esta Musa tiene que vivir, ya que aquellos valores, ahora olvidados en Europa, se han refugiado en el nuevo continente. Esta alabanza de América termina con una imagen que, como hemos ya visto en el caso de *La agricultura*, se arraiga profundamente en la tradición indo-americana. En este caso, Bello une las dos tradiciones poniendo el Sol (inca o azteca) lado a lado con el mito originario de Venus:

Y las riquezas de los climas todos
América, del Sol joven esposa,
Del antiguo Océano hija postrera,
En su seno feraz cría y esmera (vv. 58-61).

La segunda parte del poema (vv. 62-188), responde a la pregunta “¿Qué morada te aguarda?” mediante un recuento (en realidad, otro de los famosos catálogos que forman el núcleo estructural de las dos silvas) de todos los posibles sitios, ciudades, regiones, de América que la Poesía puede escoger como su nuevo hogar, y que tienen a su favor características que los hace merecedores a ese honor: el Río de la Plata, el Monte Ávila, los valles de Chile, México, Lima, Quito, Bogotá, Cundinamarca, la zona ecuatorial, el valle del Cauca. Todos y cada uno de estos sitios están caracterizados por una descripción natural o por una descripción del valor de sus habitantes que han causado algún desastre al invasor europeo en algún momento de su historia. El poema, por tanto, muestra en este fragmento su cercana vinculación con la tradición virgiliana, en el sentido explicado arriba. De todos estos lugares, Bello dedica un fragmento particularmente extenso a describir a Cundinamarca, ya que hace una alusión al pasado pre-colombino, que, como hemos dicho antes, ofrece un importante punto de contacto con el presente americano:

[...] antes que el corvo arado
violase el suelo, ni extranjera nave
las apartadas costas visitara.
Aún no aguzado la ambición había
Hierro atroz; aún no degenerado
Buscaba el hombre bajo oscuros techos
El albergue, que grutas y florestas
Saludable le daban y seguro,

sin que señor la tierra conociese,
los campos valla, ni los pueblos muro.
La libertad sin leyes florecía,
todo era paz, contento y alegría;
cuando de dichas tantas envidiosa
Huitaca bella, de las aguas diosa,
hinchando el Bogotá, sumerge el valle
(vv. 105-119).

La alusión que hace Bello a este mundo arcádico está justificada precisamente, porque, como lo ha dicho en la invocación inicial, este es el mundo propio de la poesía, pero también porque es el mundo de la armonía total, no solamente entre el hombre y la naturaleza, sino también en

el seno de la sociedad, y es justamente esta imagen de una sociedad armónica posible lo que el discurso neoclásico se empeña en convertir en imagen de la América independiente.

La tercera parte del poema y núcleo fundamental del texto cubre desde el verso 189 hasta el final y contesta a la pregunta implícita, “¿Qué temas puede la Poesía cantar en América?” Bello responderá a lo largo del texto proponiendo cuatro temas esenciales a la poesía: en primer lugar, la naturaleza (vv. 189-206); la guerra (vv. 207-463); los héroes muertos, sus hazañas y las malas artes de los enemigos de América (vv. 464-798) y los héroes vivos (vv. 799-834).

Hemos ya comentado más arriba en cierto detalle el fragmento en que Bello profetiza la llegada de un poeta que cantará la feraz naturaleza de América (vv. 189-206). El segundo tema propuesto por Bello a la Poesía, la guerra, como queda dicho, ocupa los versos 207-463, y en este fragmento se menciona a Chile (vv. 227-242), Buenos Aires (243-256), La Paz (257-283), México (284-311), Colombia (312-337, 448-463), Venezuela (338-378), Margarita (379-391), Cartagena (392-417), Caracas (418-447). El catálogo de acciones bélicas que conforma este fragmento incluye algunas de las más famosas acciones de las guerras de independencia, pero la reflexión general que Bello hace sobre el papel de las guerras en la sociedad americana está contenida en la breve introducción que el poeta hace a esta lista:

¿Qué ciudad, qué campiña no ha inundado
la sangre de tus hijos y la ibera?
¿Qué páramo no dio en humanos miembros
pasto al cóndor? ¿Qué rústicos hogares
salvar su oscuridad pudo a las Furias
de la civil discordia embravecida?
Pero no en Roma obró prodigio tanto
el amor de la patria, no en la austera
Esparta, no en Numancia generosa;
ni de la historia da página alguna,
Musa, más altos hechos a tu canto (vv. 214-219).

La guerra ha penetrado, más que ningún otro fenómeno, la sociedad americana, pero ésta se coloca como directa heredera de Roma, cuyo valor, amor a la patria y generosidad en la guerra, supera el continente americano. La Musa de la Poesía, por tanto, debe abandonar Europa para vivir en América, pues esta es la verdadera heredera de la tradición romana — tradición que la contemporánea Europa decadente ha envilecido.

El catálogo de héroes muertos —tercer tema propuesto por Bello a la Musa— incluye, naturalmente, a Ricaurte, Ribas, Baraya, Rovira, Freites, Ortiz, Galia de Toledo, Granados, Amador, Castillo, Cabal, Camilo Torres, Gutiérrez, Pombo, Tories, Caldas, Ustáriz, Miranda, Girardot, Roscio, al igual que algunas de las más prestigiosas acciones bélicas: la retirada de MacGregor y Anzoátegui, la acción de Carúpano en Apure, la toma de Bomboná, la carga de Rondón en el Pantano de Vargas, la de Cedeño en el Caura. Sin embargo, el fragmento más interesante del catálogo la compone la mención de otros héroes con los que Bello quiere completar su panteón. Ellos son —el lector no debe sorprenderse a estas alturas— Régulo, Trasea, Marco Bruto y Decio. El poeta incluye una mención de Esparta y el Tibre como antecedentes directos de los valores americanos. Tampoco causa sorpresa alguna en este

punto encontrar mencionados a dos grandes líderes indígenas, Caupolicán y Guacaipuro: el poeta cierra de esta manera el círculo de sus identificaciones necesarias. Más sorprendente, en cambio, es encontrar mencionado entre los antecedentes del valor americano a Padilla, el comunero español que cuestionó la autoridad de Carlos V, puesto que es, quizás, la única vez en las silvas en que se reconoce virtud alguna en un hijo de España.

El último tema que el poeta ofrece a la Musa de la Poesía es el canto de los dos grandes héroes vivos de la independencia (vv. 799-834), aunque no se refiere a ninguno de los dos por su nombre. Sin embargo, la mención de las hazañas de San Martín (“¿Si audaz cantare al que la helada cima / superó de los Andes, y de Chile / despedazó los hierros, y de Lima?” (vv. 803-805)) se limita a tres versos, reservando el resto como una perífrasis del nombre de Bolívar mediante referencias a algunas de sus figuraciones militares: la liberación de Cartagena en 1821, la batalla en Cúcuta durante su “Campaña Admirable,” San Mateo, y la batalla de Araure, donde derrotó al español José Ceballos. Más adelante menciona la campaña de Bolívar en los Llanos Orientales para terminar con la batalla de Gámeza, donde el Libertador derrota a Barreiro en la antesala de las batallas de Vargas y Boyacá, con las que se cierra la independencia de Colombia, y finalmente, la batalla de Carabobo en 1821, con la cual se asegura la independencia de Venezuela. Evidentemente, las menciones no siguen un orden cronológico y su intención es más bien poética que histórica. Pero en este momento el poeta, por modestia retórica, deja que otro “ingenio más feliz, más docta pluma” (v. 823), cante la gloria del Libertador. Ese poeta será, naturalmente, José Joaquín Olmedo, quien sólo dos años más tarde publicará *Canto a Bolívar* y *La victoria de Junín*, dando forma, junto con Bello, a la más clara expresión de la ideología criolla en el momento de la construcción del estado y poniendo, entre ambos, la literatura al servicio de las urgentes tarea de la sociedad, sitio que la literatura y el arte ocupan en los momentos de necesidad histórica.

Obras citadas

- Anderson Imbert, Enrique. Historia de la literatura hispanoamericana. 2 tomos (México: Fondo de Cultura Económica, 1965)
- Benítez Rojo, Antonio. "Europa y los latinoamericanos: Monólogo de ayer, diálogo de hoy" *Plaza, Revista de Literatura* 1986 (9-10):59-83
- Bethell, Leslie. *A Cultural History of Latin America* (Cambridge: Cambridge University Press, 1998)
- Bolívar, Simón. *Doctrina del Libertador* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979)
- Bosch, Juan. *Bolívar y la guerra social* (Buenos Aires: Editorial Jorge Álvarez, SA, 1966).
- Bulmer-Thomas. *The Economic History of Latin America since Independence* (Cambridge: Cambridge University Press, 1994)
- Ghiano, Juan Carlos. *Análisis de las silvas americanas de Bello* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1967)
- Lazo, Raimundo. Historia de la literatura hispanoamericana, 2 tomos (México: Editorial Porrúa, 1970)
- Ojeda, Ana Cecilia. *El mito bolivariano en la literatura latinoamericana* (Bucaramanga: Ediciones de la Universidad Industrial de Santander, 2002)
- Olmedo, José Joaquín. *Poesía-Prosa* (Puebla: Editorial J.M. Cajica, Jr. S.A., 1960).
- Proclama de la ciudad de La Plata*. José Luis Romero, *Pensamiento político de la emancipación*, I, 72.

Rama, Angel. *La ciudad letrada* (Hanover, NH: Ediciones del Norte, 1984)

----- "Autonomía literaria americana" en *La crítica de la cultura en América Latina* (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1985).

Romero, José Luis. *Pensamiento político de la emancipación*, 2 tomos (Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977)

Vicens Vives, Jaime. *Historia social y económica de España y América* (Barcelona: Editorial Teide, Tomo III, 1957)

Vilar, Pierre. *Historia de España*. (Barcelona: Editorial Crítica, Grupo Editorial Grijalbo, 1978)